

El rostro femenino, urgencia en la Iglesia

Tal vez el drama de nuestro tiempo sea mirar sin ver, pasar sin quedarse, caminar sin avanzar, oír sin acoger, quedarnos atrapados en la telaraña de lo superficial, en la cáscara de las cosas, sin llegar al centro, lo más fructífero de la semilla. El ser humano es racional, pero poco razonable. Nuestras torturas cerebrales se intensifican cuando dejamos de usar de la razón para empezar a abusar de ella. En lugar de ampliar el reino de lo humano, lo achicamos marcando clases, fronteras, jerarquías, dominios, fundados todos en caracteres accesorios, impuestos de arriba abajo y de fuera adentro. Cortos de vista, miopes de utopía, y la neblina de la cotidianidad no nos deja disfrutar el horizonte con transparencia.

Si el arco iris de la irreplicable diferencia no es puesto en juego, triunfará la monotonía de la repetición hasta la náusea y la aburrida mediocridad. Lo diverso no es lo adverso, sino lo complementario. No confundir diferencia y desigualdad: los diferentes serían desiguales. Los diferentes (por origen, sexo, cultura, riqueza, religión) son iguales en dignidad y derechos. La diferencia es un hecho; la igualdad es un valor, un derecho. Diferencia es un término descriptivo; igualdad es un término normativo. Pero en la Iglesia hay hombres que no se ven a sí mismos iguales a las mujeres, los clérigos a las laicas, como no se ven iguales los blancos a los negros, los occidentales a los indígenas, los cristianos a los musulmanes.

Vivimos en un disparatado esperpento histórico en el que el patriarcado sobrevive a su propia ineptitud. Metidos de lleno en un delirante círculo vicioso de contradicciones patriarcales, con el agravante de que los seres humanos, como los árboles, crecen donde los plantan. Formamos una sociedad más preocupada por las convenciones que por las convicciones. Una sociedad un tanto hipócrita que hurga las heridas en lugar de prevenirlas o

colocarles un apósito. Da la impresión de que hemos convertido el folclore en forma de vida. ¿Será que hacemos aquello que nos convence o aquello que nos atrapa?

TESTIMONIO se centra hoy en la reivindicación de la igualdad y peculiaridad de ser mujer en la Iglesia. La situación por la que pasa la mujer en ella no es precisamente un repique a gloria. Autores y autoras se acercan a esa realidad en que viven las mujeres, sin aditamentos ideológicos. Lo hacen con el objetivo de avanzar en la reconciliación con lo humano, conscientes de que ser testigos del Reino en el tiempo que vivimos significa apostar por un estilo de vida alternativo al patriarcado.

La realidad es grave, y la gravedad se impone. Aparecida pide poner en práctica experiencias que transmitan el Evangelio: no solo con palabras más correctas, más comprensibles, sino ante todo con nuestra manera de convivir, de funcionar como Iglesia. Es lo que pretendemos al afrontar la realidad de la mujer en una Iglesia patriarcal que la margina y la hace dependiente. No queremos que nuestra Iglesia tenga que cargar con el triste trofeo de institución campeona en desigualdad entre varones y mujeres.

Los anhelos de la mujer brotan pujantes en este comienzo del milenio. Más allá del ritmo y del control que quiere ejercer la estructura eclesiástica sobre el tema, no se puede frenar hoy la incorporación de la mujer en condiciones de simple igualdad a las tareas eclesiales, sin que le quede reservado ningún ámbito. La desigualdad de género en nuestra Iglesia es una verdadera blasfemia contra la fraternidad universal. Frente a ello... tantos eclesiásticos espiritualizados, encarnando mucha Iglesia muda; un silencio repleto de elocuencia. Si la violencia es una imperfección de la caridad, la indiferencia es la perfección del egoísmo. J. A. Marina afirma que “lo importante para la mujer no es que se le reconozcan derechos por serlo, sino que por serlo no se le discrimine de los derechos universales”.

Nuestra Iglesia hoy... acosada y acusada. Un misterio y una misión, una historia de santidades e infidelidades, de poderes y cegueras. Mujeres en ella... afectadas por la marginalidad y falta de oportunidades. Si en la sociedad el rostro de la pobreza es ante todo femenino, en la Iglesia también lo es el rostro de la marginalidad. En la liturgia habrá que hacer más sencillo el papel del presidente para hacer más completo el papel del pueblo; en la Iglesia hay que hacer más sencillo el papel del varón para hacer más completo el de la mujer. Cuando el varón pierde poder, la mujer gana dignidad.

La Iglesia institucional tendrá que acelerar sus pasos al ritmo que la modernidad le impone. Un mayor protagonismo de la mujer en la dinámica cotidiana de la Iglesia no puede ser una amenaza, sino una riqueza y una promesa que ensancha el futuro. En ella la Iglesia tiene un potencial im-

presionante en vida y entrega que no puede desperdiciar desde argumentos rancios que nos estancan en el pasado y nos alejan de la realidad más viva. Valorar la presencia de la mujer en la vida eclesial significa no reducirla a relicario de virtudes domésticas, sino reconocer y respetar su creatividad, investigaciones teológicas y aportaciones culturales; su profesionalidad, autoridad y liderazgo; la igualdad de oportunidades y su capacidad para tomar las decisiones adecuadas.

La igualdad de hombres y mujeres se va imponiendo a fuerza de lógica y razón. Parece que hemos asumido, a nivel de ideas, eso de que el hombre y la mujer son iguales desde el Evangelio, y están convocados a la complementariedad en todas las instancias de la vida social. Todavía hay muros que derribar y puentes que construir, para humanizar la humanidad respetando y valorando la especificidad. Donde se despliega la humanidad, en todas sus dimensiones comienza a crecer una energía espiritual insospechada y transformante que nos conduce al crecimiento personal e institucional.